



AGENDA DE PODER

Los elegidos... y los exhibidos



POR HUMBERTO
BLIZZARD
@BETOBIZZARD

ciones locales en Durango y Veracruz, es posible trazar el mapa de los verdaderos ganadores y perdedores de esta jornada.

Aunque algunos quisieran leer el proceso en blanco y negro, los matices dominan la escena. Hubo triunfos claros, derrotas silenciosas y saldos cruzados. La elección del domingo fue, en esencia, un triunfo del oficialismo y del nuevo régimen que se consolida. Pero esa estructura no es monolítica. Como se ha dicho antes: el tamaño de la 4T genera grupos y cotos de poder. Incluso dentro del bloque gobernante hay saldos dispares, y esta elección los dejó en evidencia.

Andrés Manuel López Obrador es, sin duda, el gran triunfador. Logró impulsar una reforma que reconfigura por completo al Poder Judicial, a pesar de no haber obtenido la mayoría calificada en las urnas. Ya en la elección, los perfiles ganadores resultaron abiertamente ligados a él. Obrador no solo reformó al Poder Judicial: se hizo de su control, al menos en la Suprema Corte. Y lo hizo sin ocupar un cargo público, reafirmando su peso en el sistema político aún fuera del poder formal.

Junto a él, el obradorismo duro también se alza como vencedor. Las corrientes morenistas fieles al expresidente afianzan su peso interno. Aunque no fue una victoria total: la baja participación electoral también los golpea, pues su capacidad de movilización quedó limitada. No bastó con tener estructura: fallaron en conectar emocionalmente, incluso con su base. Lo que se pensó como una muestra de músculo político, terminó revelando la fatiga de la maquinaria.

Aquí surgen los primeros derrotados: Morena como partido. Aunque suene contradictorio, la fuerza gobernante queda debilitada. La operación del "día D" fue su responsabilidad. No alcanzaron los 20 millones de votos esperados en Palacio Nacional, ni igualaron los casi 18 millones de la revocación de mandato. Con apenas 13 millones, fue la elección más desairada de la historia reciente. El triunfo fue de Obrador, no del partido. Morena gestionó el proceso, pero no movilizó a su base. El resultado dejó expuesta una desconexión creciente entre estructura y votante.

Claudia Sheinbaum sale con saldo ambiguo. El oficialismo impuso el guion con éxito: los llamados "acordeones" acertaron en los nueve perfiles ganadores. Pero la pregunta es

inevitable: ¿eran esos los ministros que Sheinbaum realmente quería? Todo indica que no. Colocó a quienes el movimiento necesitaba, pero no necesariamente a quienes ella prefería. Una vez más, detenta el poder... pero aún no lo ejerce por completo. El reparto de cuotas y candidaturas refleja más el peso de los viejos liderazgos que de su presidencia.

El costo político de la baja participación también roza su investidura. Aunque no organizó el proceso, lo respaldó públicamente. Y aunque en Palacio Nacional celebran, también esperaban más. Sheinbaum jugó un rol institucional y simbólico. Y ese símbolo salió erosionado. Su legitimidad sigue en pie, pero su autonomía está todavía en construcción.

La oposición también fue derrotada. Con el argumento de que votar era convalidar, optaron por la abstención. Pero abstenerse no solo evita legitimar: también cede terreno. Con apenas cinco millones de votos bastando para ganar, pudieron haber impulsado candidaturas. No habrían frenado el cambio, pero sí habrían hecho ruido simbólico y mediático. Eligieron el silencio... y el oficialismo ganó sin resistencia.

Peor aún: la oposición ni siquiera capitalizó el descontento. Tenían un escenario ideal para exhibir fallas, articular crítica, y no lo hicieron. Prefirieron el repliegue. Y en política, quien se repliega, se borra. En su afán por marcar distancia, se salieron del mapa.

Hay otros dos derrotados que no deben pasar desapercibidos. El primero es Arturo Zaldívar, quien impulsó la reforma ya como político. Sin embargo, con los cómputos actuales, varios de sus perfiles cercanos no alcanzarán los cargos buscados. No solo abandonó su antiguo discurso institucional: también perdió influencia en el nuevo orden. Su apuesta, por ahora, no le ha dado resultados. El capital que construyó como ministro se ha ido diluyendo en el terreno electoral, político.

El segundo es Andrés Manuel López Beltrán. El hijo de AMLO cargó con dos derrotas: la baja participación, que su partido no logró revertir, y la derrota en Durango, donde operó personalmente. El revés cuestiona su capacidad como operador político y deja claro que su peso dentro del movimiento depende más del apellido que de sus méritos. Muchos lo veían como heredero natural. Hoy, queda en duda su capacidad como operador. Ni su apellido, ni su presencia bastaron para cambiar un solo resultado.

Finalmente, algunos dirán que esta jornada fortaleció la democracia. Otros, que se dinamitó un pilar de la República. Tal vez ambas cosas. O alguna. O ninguna. Pero como suele pasar en política, lo que hoy parece firme... mañana se mueve.

Nos vemos el próximo jueves. Tenemos una cita con el poder. Agendado.

